



3. 150 aniversario de la I Internacional: marxistas y libertarios, de ayer a hoy

Tentativas de encuentros entre hermanos enemigos

Pepe Gutiérrez-Álvarez

1

A pesar de la fatídica dinámica fraccional que pareció convertir en “insuperable” la ruptura entre los partidarios de Marx y los de Bakunin, lo cierto es que estaban condenados a entenderse como sucedió en la *Commune* y sucedería en otras muchas ocasiones. Entre otras cosas, porque los objetivos del movimiento obrero tenían que estar por encima de las diferencias, diferencias que existían a muchos niveles, incluso dentro de los propios seguidores de unos y otros.

A pesar de las diferencias tácticas, la II Internacional no dudó en proclamar el 1.º de Mayo como el día de los trabajadores, de la lucha por las ocho horas (8 para el trabajo, 8 para el descanso, 8 para la libertad) en homenaje a los mártires de Chicago, todos ellos anarquistas. Aunque no sin obstáculos, se sucedieron los encuentros, como los que llevaron a unos y a otros a apoyar el impulso del sindicalismo revolucionario tanto en la CGT francesa como en la Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo) norteamericana, sin olvidar que en el paso inicial de la CNT tomaron parte obreros socialistas. En ocasiones, las fronteras ni se plantean, se lucha y se debate codo con codo como fue en el caso de los influyentes círculos de intelectuales radicales norteamericanos de principios del siglo XX y en el que tomaron parte personalidades como Emma Goldman, Alexander Berkman, John Reed o Carlo Tresca que apoyaron unánimemente la Revolución mexicana, pero que acabarían rompiendo en el curso de la Revolución rusa, conflicto representado en *Reds* (USA, 1980) en las enconadas discusiones finales entre Reed y Emma Goldman, dos actores muy representativos de una ruptura trágica cuyas consecuencias perduran todavía.

Esta ruptura fue el reverso del mayor encuentro entre ambas escuelas, un encuentro que tuvo lugar en los “años felices” de la revolución cuya máxima expresión quizás fue la Constitución soviética de 1918, una fase que precede a

otra muy diferente, la de la guerra “civil” que dejará al país literalmente al borde del abismo. Entusiasmo y decepción parecen caras de una misma moneda: el entusiasmo es la proyección idealizada de “la revolución anarquista” para después ver “la contrarrevolución”.

Entre el sueño y la decepción se sitúan los acontecimientos de Kronstadt y la represión de la *macknovitchina* en un contexto de repliegue en el que, al decir de Isaac Deutscher, los bolcheviques “quemaron todo lo que antes amaban y amaron todo lo que antes quemaban”. Una idea de lo que esta represión significó para los anarquistas la podemos encontrar reflejada en *La Patagonia rebelde* (Argentina, 1974), la magnífica película escrita por Osvaldo Bayer y en la que los responsables de la matanza “argumentan” que hasta Lenin los reprimía, aunque la realidad fue que los verdugos no establecieron distinción entre anarquistas y comunistas.

Desde Kronstadt los anarquistas desarrollaron una tenaz campaña de deslegitimación del curso tomado por la revolución. Acusaron al Lenin de *El Estado y la revolución* de “falsario”, pero su mayor indignación fue contra León Trotsky, considerado principal responsable de la represión como jefe del Ejército Rojo. La radicalidad de esta ruptura llevó a los anarquistas a desestimar el combate de la Oposición de Izquierda primero y del “trotskismo” después. No distinguieron entre el Trotsky del final de la guerra civil y el que lideró la oposición contra la burocracia en la URSS y en el exilio. Esta actuación no le libró de ser tratado de “Stalin fallido” por Emma Goldman, Arthur Lehning o Diego Fabbri, que vieron el estalinismo como la consecuencia natural de lo que Lenin y Trotsky habían hecho; incluso lo entienden como el producto del “autoritarismo marxista”.

Esta secuencia quedará fijada en la memoria anarquista de tal manera que parece imposible hablar de diferencias; lo hizo en cambio Camillo Berneri en la Barcelona de 1937 y no le hicieron caso. No fue hasta que asistió al proceso contra el POUM que Emma Goldman asumió que existía un abismo entre el POUM y el PSUC estalinizado de la época.

2

Sin embargo, hubo una fracción de origen libertario que continuó trabajando en la Internacional Comunista (IC) y en la Internacional Sindical Roja (ISR), y que apoyó a Trotsky contra Stalin. Estos antiguos libertarios respondieron como legitimadores de la revolución y el comunismo “a pesar de todo”, una actitud que causó consternación en el sector decepcionado desde el cual fueron tratados como “tránsfugas”.

Desde este punto de vista resulta bastante representativa la explicación ofrecida por Germinal Gracia, quien en su enciclopédica *Antología del anarcosindicalismo* comienza la definición evocando a los “tránsfugas” en la fase de la represión de Martínez Anido-Arlegui entre los cómplices de la policía que antes habían militado en la CNT. A continuación, cuenta que:

“...conflicto representado en Reds en las enconadas discusiones finales entre *Reds* y Emma Goldma”

Durante los años 1920 y 1921 grandes esfuerzos fueron realizados por los rusos para ganar los líderes de estos grupos. Tuvieron un éxito parcial. Tom Mann de Inglaterra; Rosmer, Monatte y Monmousseau de Francia; Nin de España; William D. Haywood de los Estados Unidos hicieron más que pasarse a los comunistas y lograron llevarse con ellos muchos de sus partidarios en la ISR... (Gracia, 1988: p.493).

Militante culto y aventurero, conocido en los medios confederales como “el Marco Polo de la anarquía”, *Germinal* no mostró el menor interés por saber quiénes había detrás de los nombres: que Tom Mann fue el más veterano de los brigadistas internacionales en España amén de una leyenda del socialismo británico, mientras que William D. Haywood fue el más destacado de los “wobblies” que no tardó mucho en fallecer.

En esta lista sobresalía Victor Serge, que había militado en el anarquismo en Francia y participó como *cenetista* en la huelga general de agosto de 1917; una experiencia que le sirvió para redactar *El nacimiento de nuestra fuerza*. Sobre Serge dirá el periodista anarcosindicalista Joan Ferrer en sus memorias:

No sé si sería un partidario del mínimo esfuerzo, pero lo cierto es que de la noche a la mañana pasa de anarquista individualista a autócrata del concepto de la revolución constante de Trotsky. Y este le otorga su confianza, porque comprueba su inteligencia (...) Pero las cosas van mal para Trotsky, que tiene que escapar y va a México. Kilbatchiche, detrás. Un enviado de Stalin asesina a Trotsky, y queda como cabeza visible del trotskismo nuestro Victor Serge le Rétif. La rueda de las vidas (Porcel, 1978: p. 402).

Una manera en verdad sumaria de escribir la historia.

Conviene anotar que ni Gracia ni Ferrer dan al concepto las mismas connotaciones cuando el “tránsfuga” viene para casa. Valga como ejemplo el caso hartó simbólico de Helios Gómez, cuyo singular periplo artístico militante encajó incómodamente con una trayectoria organizativa que le llevó de la CNT al PCE y luego al BOC para pasar nuevamente al PCE y en plena guerra civil regresar a la CNT, en donde fue acogido como un artista que no pudo renunciar a su verdadera naturaleza libertaria, de hecho, tan auténtica y tan compleja como las otras.

Sin embargo, en un debate en torno al documental *Victor Serge, l'insurgé* de Carmen Castillo celebrado en el Museo de Santa Mónica en Barcelona, coincidimos en que este nunca renunció a sus ideas primigenias; si acaso las fue madurando desde que en 1917 hizo lo que creyó que había que hacer: tomar parte en una revolución como antes lo había hecho en Barcelona.

3

Durante más de medio siglo, Rosmer y Monatte encarnaron lo mejor de la tradición del sindicalismo de Amiens. Internacionalistas en 1914, representantes del ala izquierda del primer Partido Comunista Francés (PCF) con el apoyo de la Internacional y en oposición a los socialdemócratas como Marcel Cachin, serán luego los primeros en oponerse a la III Internacional moldeada según las exigencias del “socialismo en un solo país”. Entre sus obras, Rosmer legó uno de los testimonios más honestos y fehacientes de los primeros años de la revolución, *Moscú bajo Lenin* (París, 1953, con prólogo de Camus; hay una versión en ERA, México, 1982), en no poca medida, una réplica a la narración ofrecida por la AIT negra, recompuesta en 1922.

La trayectoria de Monatte fue un tanto diferente. Él nunca dejó de pensar en clave sindicalista para desesperación de Trotsky, que la valora pero que la estima desfasada después de 1917. Aunque participó en el inicio del PCF y en la Oposición de Izquierdas en la segunda mitad de los años veinte, Monatte desconfió del bolchevismo y se apartó de Trotsky, al que defendió siempre contra el estalinismo. Su militancia se centra en el colectivo de izquierda antiestalinista que se organiza alrededor de la Liga Sindicalista que estará en la base de la revista bimestral *La Révolution Prolétarienne*, en la que el marxismo abierto y el sindicalismo se dan la mano. Fundada en 1927, la revista fue cerrada con la ocupación nazi, para reanudar su andadura en 1947 y, no sin serias dificultades, se mantiene hasta el presente. Por sus páginas figuran algunos de los fundadores del comunismo francés —Fernand Loriot, Boris Souvarine, más Rosmer y Monatte— y desfilan las plumas de Daniel Guérin, Simone Weil, Michel Collinet, Jean Maitron, Maurice Paz, Robert Louzon, Victor Serge por supuesto y, en los años cincuenta, Albert Camus. A pesar de su prestigio la Liga Sindicalista no consiguió superar la marginalidad por más que durante las “jornadas de junio” del 36 en Francia, las fábricas ocupadas aparecieron pobladas de banderas rojas y negras (fenómeno que se repetirá en el mayo del 68).

Durante la guerra española, la Liga sostiene por igual a la CNT y al POUM. A lo largo de los años treinta, algunos de sus componentes polemizaron con Trotsky, sobre todo en relación al balance de la Revolución rusa y del leninismo, pero será Victor Serge el que mantendrá un pulso de mayor altura con el que consideraba como “el último gigante” de una época que se cerraría con el mayo del 37 en Cataluña. Luego, ya nada fue igual: el movimiento obrero clásico, pluralista e intempestivo, quedaría “disciplinado” por socialdemócratas y comunistas hasta fechas recientes.

Serge, que tuvo la fortuna de escapar (por los pelos) del *universo concentracionario* estalinista, planteó ante Trotsky una serie de objeciones que iban desde la oportunidad de crear una Internacional en la medianoche del siglo

hasta los problemas éticos, planteados por la premisa de la revolución como ley suprema, un debate sobre el que Enzo Traverso ofrecerá unas luminosas reflexiones (2009).

En este marco resurge el debate sobre Kronstadt, dando lugar a una enconada polémica que trasciende el propio acontecimiento. Para Serge, “la revolución bolchevique se autoprovochó la muerte con la creación de la Cheka, instrumento del Terror Rojo, precursor del GPU, la NKVD, y la KGB, los cuales exterminaron a la generación revolucionaria de bolcheviques” (Serge, 1940). Con estos criterios, Serge marcó el comienzo de la degeneración burocrática en el curso de una guerra civil despiadada que destruyó la base social y militante de la revolución creando por “necesidad” aparatos que acabaron determinando la situación. Sin considerar el peso que había llegado a tener la Checa, no se puede entender el dilema de Kronstadt en el que intervienen hasta los líderes de la Oposición Obrera en el PCUS que era tachada de anarcosindicalista.

Combinando la defensa de la revolución con una firme autocrítica, Serge trata de encontrar un nuevo paradigma reafirmando los siguientes principios: “I.- Defensa del hombre... II.- Defensa de la verdad. III.- Defensa del pensamiento” Sus reflexiones fueron bastante coincidentes con las de George Orwell, Simone Weil o Albert Camus y están siendo revalorizadas en los últimos tiempos. En el mismo contexto aparecen también los surrealistas, un colectivo por libre que cuando se trata de optar políticamente refleja tanto la influencia de Trotsky como la del anarquismo. No fue por casualidad que Walter Benjamin escribiera: “Desde Bakunin a Europa le faltaba una idea radical de la libertad. Los surrealistas tienen esta idea” (Benjamin, 1980; p. 1).

Esta conexión se percibe netamente en la redacción del *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente*, un texto explícitamente autocrítico. También estará en la propuesta de crear la FIARI (Federación Internacional de Artistas Independientes), en donde figuran militantes trotskistas como Maurice Nadeau e intelectuales anarquistas como Herbert Read; pero la ocupación nazi de Francia da al traste con un movimiento que también había conseguido arrancar en América Latina (en México y Brasil) y en los Estados Unidos, donde sobresale Dwight MacDonald, poeta y ensayista de altos vuelos que, dentro de una larga trayectoria militante, pasará del trotskismo al anarquismo para acabar siendo uno de los portavoces de la izquierda insumisa contra la guerra del Vietnam. Por su lado iba el propio Breton, quien, sin renunciar a nada de lo que había defendido antes, operó una mayor aproximación al anarquismo en los años cuarenta.

Pocos años antes de fallecer con el aspecto de un mendigo, soñando con un retorno a Europa, Serge escribe estas líneas reveladoras:

Nada ha terminado. Estamos en el comienzo de todo. A través de tantas derrotas, unas merecidas, otras gloriosamente inmerecidas, es evidente que la razón más que el error está de nuestra parte. ¿Quiénes son los que pueden decir lo mismo? Solamente al socialismo

corresponde aportar mañana, a la revolución iniciada, una doctrina renovadora de la democracia, una afirmación irreductible de los derechos del hombre, un humanismo total que abarque a todos los hombres (Solano, 2010: p. 23).

Pensaba que derrota tras derrota, llegaría la victoria final.

4

En estas mismas estancias emerge la figura de Daniel Guérin, quien se convertirá en algo así como la mano derecha de Marceau Pivert, líder de la tendencia Izquierda revolucionaria dentro de la SFIO, miembro del secretariado federal del Sena —corazón del ala izquierda socialista— y de la “Comisión Colonial”, por lo que fue excluido por “trotskista” en 1938. Personalidad rica, intensa —fue, entre otras cosas, uno de los “padres” del movimiento gay en Francia, un verdadero erudito anticolonialista amén de destacado historiador—, Guérin toma parte de las mismas batallas y de las mismas controversias que Monatte y Serge, de una izquierda a la que el epíteto de “libertaria” le encaja como un guante.

Después de una intensa y variada obra, a finales de los cincuenta inicia su fase libertaria con *Marxismo y socialismo libertario*, en la que declara que “viviré para ver el derrumbe de esta civilización” y que a los jóvenes no les parece deseable “un futuro socialista debido a la subordinación absoluta del individuo a una idea política del Estado”. Guérin reivindica el marxismo de Rosa Luxemburgo y el del primer Trotsky. Proclama que “tras un baño de anarquismo, el marxismo de hoy puede salir limpio de sus pústulas y regenerado”.

En su opinión:

El anarquismo es inseparable del marxismo. Oponerlos es plantear un falso problema. Su querrela es una querrela de familia. Veo en ellos a dos hermanos gemelos arrastrados a una disputa aberrante que los ha hecho hermanos enemigos. Forman dos variantes, estrechamente emparentadas de un solo y mismo socialismo. Además su origen es común. Los ideólogos que los engendraron hallaron conjuntamente su inspiración primero en la gran Revolución francesa, y luego, en el esfuerzo emprendido por los trabajadores en el siglo XIX —en Francia a partir de 1848—, con miras a emanciparse de todos los yugos. La estrategia a largo plazo, el objetivo final es, en resumidas cuentas, idéntico. Se proponen derribar el capitalismo, abolir el Estado, deshacerse de todo tutor, confiar la riqueza social a los trabajadores mismos. No están en desacuerdo más que en algunos medios para lograrlo, ni siquiera en todos. Hay zonas de pensamiento libertario en la obra de Marx o en la de Lenin (...) Sus desacuerdos de hace un siglo se basaban principalmente en el ritmo de desaparición del Estado tras el estallido de una revolución, el papel de las minorías (¿conscientes o dirigentes?) y, también, el uso de los medios de la democracia burguesa (sufragio universal, etcétera). A éstos se han agregado un cierto número de malentendidos, prejuicios y cuestiones verbales (Guérin, 1979).

En base a estos criterios, Daniel Guérin produjo una obra de signo libertario que fue editada y reeditada y que tuvo una reconocida influencia en la confluencia de marxistas y anarquistas en el Mayo del 68, la que se concreta en

“Victor Serge, que había militado en el anarquismo en Francia y participó como cenetista en la huelga general de agosto de 1917”

el Movimiento 22 de Marzo, el último encuentro entre ambas escuelas, al menos en sus expresiones más abiertas, menos sectarias. Obviamente, la obra libertaria de Guérin plantea numerosas cuestiones a debatir: por citar un ejemplo, la caracterización de “la matriz jacobina”, pero su esfuerzo merece el mayor reconocimiento. Guérin batalló sobre temas de la mayor trascendencia.

Entre sus batallas cabe registrar una investigación del asesinato del líder tercermundista Ben Barka y la creación de una “comisión” para estudiar y discutir sobre los hechos de Kronstadt. Trató de crear áreas de encuentro y de reconocimiento. Todo ello con la convicción de que las discrepancias no tienen por qué resultar negativas, y mucho menos motivo de división y de guerras sectarias. Por el contrario, pueden ayudar a comprender mejor la complejidad de los problemas.

Monatte, Rosmer, Serge, Benjamin, Breton, Guérin, están animados por esa “idea radical de la libertad”. Una idea reafirmada después del desastre de la experiencia del “socialismo policíaco” desde los años cincuenta. Esta idea se ha reforzado con la caída del “socialismo real” y con el descrédito de los “aparatos” políticos y las burocracias sindicales. Se ha reforzado con la experiencia pero también con la expansión cultural hacia abajo que supuso “el espíritu del 45”: el tiempo de una base social combativa pero analfabeta en muchos casos o con una formación cultural deficiente, ya ha pasado. El encuentro entre la cultura y el pueblo puede ser ahora más posible que nunca y por lo tanto el esquema desde abajo hacia arriba se impone como un horizonte irrenunciable.

5

Desde la perspectiva del triunfal-capitalismo, del naufragio del movimiento obrero, de la ruina de sus mayores perversiones (la oportunista y la burocrática), el balance de las “guerras frías” entre las diversas escuelas socialistas (e incluso en su seno), ha de tomarse como un auténtico desvarío. Hay que tomar el sectarismo como lo que es, una patología. Los que lo padecen se distinguen por su incapacidad de poner por delante los intereses comunes a los suyos propios, los de grupos y líderes que se cobijan bajo el paraguas de los clásicos para guarecerse de la crueldad del mundo y de los problemas del cada día proyectando sobre su ego la sombra de pasadas grandezas. Lo contrario del sectarismo es la autocrítica y el debate abierto. La comprensión de que las exigencias de la realidad —del movimiento— están por encima de los preceptos doctrinales.

En nuestro caso, la herencia de la guerra en la guerra (sobre todo por la actuación del estalinismo, pero no solo) ha sido devastadora. Ni en el exilio ni en el curso asambleario de los agitados tiempos de la Transición, hubo una

conciencia de esta necesidad, aunque justo es reconocer que no todo el mundo actuó por igual como lo es el reconocimiento de experiencias radicalmente pluralistas como fueron las de *Ruedo Ibérico* y luego de *El Viejo Topo*, sin olvidar algunas editoriales o periódicos que trataron de ocupar el espacio de una prensa alternativa que no pudo ser, entre otras cosas por esta misma incapacidad de aceptar el debate y el pluralismo como aportes necesarios. En este mismo terreno habría que hablar de diversas web partidarias, por no hablar de entidades memorialistas como “Todos los nombres”, así como de entidades como la Fundación Andreu Nin, entre otras que han asumido una concepción pluralista de nuestra historia.

Me parece que lo más importante de las grandes ideas es que aprendan a estar a la altura de las circunstancias, que sepan unir la democracia y la eficacia, lo individual y lo colectivo, algo así como la cuadratura del círculo que Daniel Bensaïd expresó al evocar

una tensión inevitable entre las lógicas de poder y las exigencias de la autoemancipación, entre lo colectivo y el individuo, entre la norma mayoritaria y el derecho de las minorías, entre el socialismo por la base y un grado necesario de centralización y síntesis. Es decir, la hipótesis de un *leninismo libertario* sigue siendo un desafío de nuestro tiempo (Sanmartino, 2006).

Nota final. Este trabajo viene a ser algo así como una síntesis de otros muchos del autor publicados en las redes, especialmente en Kaosenlared. El personal interesado encontrará fácilmente las conexiones y en ellas información sobre una abundante bibliografía historiográfica.

Pepe Gutiérrez-Álvarez es autor de varios libros de historia social, el último (de próxima aparición) *Nin y el POUM. Una historia abierta* (Laertes), coordinado junto con Pelai Pagès. Es miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Bibliografía citada

- Benjamin, W. (1980) *El surrealismo, la última instantánea de la inteligencia europea*. Madrid: Taurus.
- Gracia, G. (1988) *Antología del anarcosindicalismo*. Caracas: Ediciones Ruta.
- Guérin, D. (1979) “Hermanos gemelos, hermanos enemigos”. En *Por un marxismo libertario*. Gijón: Ed. Júcar. Disponible en: www.kaosenlared.net/.../93028-daniel-guérin-marxistas-y-anarquistas-herman.
- Porcel, B. (1978) *La revuelta permanente*. Barcelona: Planeta. IV Premio Espejo de España de la Editorial Planeta.
- Sanmartino, J. (2006) Entrevista a Daniel Bensaïd. Disponible en: www.democraciasocialista.org/?p=2562.
- Serge, V. (1940) *Portrait de Staline*. París: Grasset. Citado en “Treinta años después de la Revolución rusa”, texto incluido en la edición de V. Serge *El destino de una revolución*. Barcelona: Los libros de la frontera.

Solano, W. (2010) Prólogo a V. Serge *El destino de una revolución*. Barcelona: Los libros de la frontera.

Traverso, E. (2009) *A sangre y fuego*. Valencia: PUV.